

Cristina Bruno

“Quiero tocar las obras de las que esté enamorada”

■ POR JOAQUÍN MARTÍN DE SAGARMÍNAGA

“La pianista Cristina Bruno, tras una ausencia de los escenarios, reaparecerá el próximo mes de octubre en Santander, con un recital integrado por obras de Schubert, Beethoven, Schumann y Brahms. Nacida en Galicia, si bien de ancestros germano-suecos, se trata de una de nuestras pianistas más musicales y sensibles (de ahí el incontestable valor de su recuperación). Como persona, es una mujer vehemente, apasionada y llena de amor por la vida”.

Vamos a empezar con un terremoto, como decía Cecil B. DeMille que había que hacer en las películas. El director de orquesta Sergiu Celibidache alabó tu interpretación. ¿Cómo fue tu experiencia con él?

Estaba previsto que hiciera mi debut con orquesta con Odón Alonso, pero hubo un cambio de fechas de un gran solista que acabó trasladando el concierto de Odón. Yo me quedaba en el aire a menos que Celibidache, que no tenía solista previsto, accediera a tocar conmigo. Para ello impuso una audición que se celebró en Casa Hazen a las diez de la noche, ¡y te puedes imaginar que yo llevaba noches sin dormir...! Al final me dijo que eligiera el concierto que quisiera y optamos por el Schumann. Muy pronto empezamos ya a preparar el concierto. Trabajar con él fue algo impresionante, que me revelaba cómo los sonidos podían hilarse de forma mágica, cómo el fraseo de repente era algo vivo... Gracias a él empecé a escucharme de otra forma, a tener otra actitud. Después del concierto me invitó a su casa-molino, cerca de París, y allí, conviviendo con él, su mujer y su hijo, trabajamos Ravel, Mozart, Beethoven... En fin, un enorme privilegio. Después vinieron los cursos de fenomenología de Mainz.

Buscaba conectar con la esencia de lo que los compositores pedían.

Él conectaba siempre. Cuando estudiaba una partitura conocía perfectamente su significado. Tenía una cabeza

privilegiada; era un genio. Yo he tenido que acercarme a la música de una forma mucho más intuitiva.

En tus Lecciones Magistrales pedías que la ejecución en Mozart no perdiera nunca el equilibrio y la claridad, que eran cualidades básicas.

Yo creo que la claridad y el equilibrio en Mozart son tan evidentes que no se puede decir ya nada más.

Ése sí que estaba conectado.

(Se ríe). ¡Hombre, estaba conectadísimo!

¿Te gusta la enseñanza? ¿Con alumnos escogidos, pequeños grupos?

Me gusta muchísimo la enseñanza, pero solamente con personas que tengan musicalidad. No puedo darle clase a alguien que solamente “tenga dedos”. Hombre, si toca mucho, tanto mejor...

Es decir que, para ti, la musicalidad es el valor supremo...

Estamos hablando de música. Hoy en día quizá se habla menos de musicalidad que de “pianismo”, de “violínismo”, etc.

Tu carrera ha sido peculiar, con grandes ausencias, un poco “a lo Guadiana”.

Sí, unas veces para encerrarme a trabajar, a investigar, otras por el accidente de coche que tuve. Al final, las dos operaciones de la mano derecha fueron, con todo, lo menos importante. Lo

serio fueron las secuelas de columna que afectaron al sistema neuromuscular y que me tuvieron muchos años luchando por poder seguir tocando. Pero ahora por fin estoy plenamente recuperada.

¿Hay algún sitio en que te haya gustado más tocar, en que te sintieras especialmente acogida y valorada?

A mí siempre me gusta tocar en los sitios donde tengo amigos. O en los lugares con mar. Como recintos, en ciertas iglesias.

¿En Santa Gema? (Bromeo, porque está frente a su casa).

En iglesias de acústica sensacional. Como, por ejemplo, (la de) San Juan de los Caballeros de Segovia. Pagaría por tocar allí todos los meses... (Risas).

En tu “currículum” se destaca Hamburgo, porque allí hiciste prácticamente tu debut.

Mi debut fue en Madrid, con Juventudes Musicales y el Instituto Alemán, gracias a Pedro Espinosa, que me recomendó mucho. Luego hice una convalidación de la carrera en Hamburgo, y después de esta convalidación se me ofreció la posibilidad de debutar con un recital y un concierto con orquesta en la mejor sala de allí.

Cuando te fuiste a vivir a Cuenca da la impresión de que, más que nunca, te encerraste casi monacalmente para


 Cristina Bruno con Ernesto Halffter.
 © José Luis Coromina

que ver con la relajación. Tiene que ver con el empleo consciente y económico del cuerpo.

Cambiamos de tercio. ¿Qué te llevó a interesarte por el trabajo de sanación que realizas a través de la música?, ¿cómo lo aprendiste?

Cuando se han tenido problemas o enfermedades físicas importantes siempre se interesa uno por la sanación, y yo tuve una infancia y juventud plagadas de enfermedades serias. En cuanto a la musicoterapia intuitiva que estuve haciendo en épocas de poca actividad profesional, no es nada que haya aprendido, surgió ahora hace doce años después de todo un proceso de "desprogramación" o desencorsetamiento que me llevó veinte años. Hasta entonces era completamente incapaz de improvisar. Aparte de ello, la música como arte que más nos acerca a lo inconmensurable, al Misterio, es en sí un agente curativo de primer orden, según cómo, dónde y quien la haga. Un concierto de esos mágicos de un monstruo como Celibidache parecía un rito sagrado, nadie sensible podía dejar de darse cuenta que allí había sucedido algo extraordinario. Como bien él decía, la música es un camino hacia la libertad. Decía que había que apartar de uno mismo todo aquello que impedía que la música fluyera y, una vez que se conseguía, entonces la música

trabaja tu repertorio. Sin embargo... ¿lo qué costó meter tu piano por la ventana! Háblame de la anécdota pero, en especial, de todo ese trabajo.

Me fui a Cuenca después de mi separación matrimonial, a raíz de haber recibido la propuesta de formar parte del profesorado del nuevo Conservatorio, y con la idea de llevar una vida tranquila. Pero un mes antes de firmar al contrato me dio mucho miedo y me eché para atrás. No me sentía capaz de compatibilizar Conservatorio y conciertos. Trabajar, trabajé todo lo que podía, mis hijos se quejan de que trabajaba mucho. Y sí, hubo que abrir un boquete en el piso de arriba porque el piano no entraba por las escaleras.

Mozart, Schubert o Chopin son autores cruciales en tu trayectoria profesional. Pero, en realidad, tu repertorio se extiende hasta la música contemporánea.

Desde Pachelbel hasta compositores de nuestros días. Luis de Pablo, que me oyó tocar a los doce años, porque era amigo de mi hermana mayor, me dedicó una obra. Luego vinieron Bernaola, José Luis Turina, Rincón, Cruz de Castro, Tony Madigan... Y te olvidas de Schumann, de Brahms, de Bach y Scarlatti, Beethoven...

Pero estoy seguro de que si te menciono a Bach, que sé que has tocado, o te digo los otros, hubieras echado en falta en la lista a Mozart, Schubert, etc.

He pasado años tocando sólo a Bach. Y un año, cuando tenía catorce, tocando sólo a Scarlatti. Así que yo he tocado mucho por pasiones, agotándolas

¿Pero me he equivocado mucho al decir que Mozart, Schubert o Chopin son autores cruciales en ti?

Como Schumann y como Brahms y como Bach, tan cruciales como ellos.

Pero mucho más que Taneiev y Borodín.

Pues efectivamente. (R.sas).

Has tocado "Preludios" de Chopin, "Preludios" de Scriabin, "Preludios" de Eduardo Rincón...

De Rincón "Preludios" no, un "Scherzo".

Cierto, en el primer aniversario de la revista. Además del lógico interés por la gran forma, ¿sientes una especial debilidad por la miniatura, por las microformas?

Bueno, por las joytas como los Valses de Schubert. En los *Preludios* o *Estudios* de Chopin o Scriabin me apasiona la condensación de hondura y dramatismo en una forma tan breve. Es impresionante.

Conocer el cuerpo con el que hacemos música, sus cualidades motrices y anatómicas...

Yo creo que lo que tenemos que aprender es a usar nuestro cuerpo de la forma más económica e idónea para poder traducir la música, ¿no?. Para ello hay muchísimas escuelas. No digo escuelas como sitios físicos, sino métodos como la "Técnica Alexander", el "Método Feldenkrais", etc.

¿Tienen que ver con la relajación?, ¿con poder tocar sin fatiga?

La "Técnica Alexander" es una reeducación neuromuscular. No tiene nada



© Elena Martín

"Trabajar con él (Celibidache) fue algo impresionante, que me revelaba cómo los sonidos podían hilarse de forma mágica, cómo el fraseo de repente era algo vivo..."

ca fluía y se hacía sola. Él decía de sí mismo que eso a veces ocurría en dos o tres conciertos al año. Después de un concierto así, ¿cómo volvíamos a casa?

Transformados, es cierto.

Transformados, enriquecidos y agradecidos.

También haces algo a lo que llamas "recitales de improvisación". ¿En qué consisten? Sé que al final de un concierto le dedicaste una improvisación, como homenaje póstumo, al compositor Francisco Guerrero.

Hice aquella improvisación para Paco Guerrero después de todo un recital Schubert. Él acababa de morir muy joven y yo le admiraba mucho por su autenticidad y su fuerza. Siempre que improviso tengo que pensar antes en algo o en alguien, y entonces la música me viene sola. Así, los recitales de improvisación se dirigen a la Paz, a las condiciones ecológicas de la Tierra, etc., como, por ejemplo, los que dedicaba a la exYugoslavia, a Ruanda... Hoy los haría por el entendimiento en Oriente Medio. Como voy anunciando la intención de cada pieza, el público está colaborando anímicamente en el proyecto.

Conciertos, terapia musical, improvisaciones, son actividades que, aunque relacionadas las tres con la música, tú has separado casi radicalmente.

No tanto. He hecho conciertos medio clásico, medio improvisación, aunque muy pocos. Ahí donde me dejan...

Finalicemos hablando de algunas artes visuales. Sé que te gusta pintar. Y, como espectadora, has sentido gran pasión por el cine. (Cítame la película de tu vida, para ver si haces una última diana en el gusto de algún lector).

Sí, me gusta pintar, se me olvida comer, me pongo como desahogada... Y cuando se ha terminado se ha terminado. De cine te puedo hablar de una película sobre la guerra, que vi cuando tenía diecisiete años, "El río del búho", reali-

zada por tres directores franceses. Duró una semana en cartel. Me impresionó entonces una barbaridad.

Una pregunta más, ahora que tenemos mayor confianza. En tus comienzos se hablaba de ti como una pianista de "dedos fáciles"; más tarde he visto señalar también tu hondura, tu aptitud para el matiz, los detalles. ¿Qué evolución has seguido?, ¿crees que con el tiempo te has remansado, apaciguado algo?

¡Ah!, esa es una pregunta clave porque aún muchas cosas. Por un lado gracias a esa facilidad he podido tocar a veces en circunstancias físicas horribles (con algún resultado horrible que otro, ja, ja, ja...), pero la facilidad puede ser también

una trampa, especialmente cuando se es joven.

Así, en mis años jóvenes he podido tocar a veces como un caballo desbocado... Pero es una maravilla crecer y evolucionar, incluso envejecer. Gracias a los errores cometidos, sean en la vida misma o pianístico-musicales, nos podemos dar cuenta de por dónde deben ir los tiros. Así que benditos los errores, benditas las dificultades, porque cada vez podemos estar más cerca de ese ideal sonoro —o ideal de vida— que todos llevamos dentro, y entonces empieza a haber ramalazos mágicos y sentimos que la música se ha tocado a sí misma, convirtiéndose en un agente transformador potentísimo. Por momentos así vale la pena haber sufrido lo que sea. ■



© Elena Martín